

Una escritura de espaldas a la solemnidad

Más que una redacción, el diario de Timerman fue para Soriano un laboratorio literario. En las notas que escribió en esa época plagada de grandes anécdotas que el propio escritor dejó publicadas -incluida la controversia con el mítico director-, pueden leerse las señas de una búsqueda y un entrenamiento entre los que se fue abriendo paso la estructura genética de la voz literaria que nacerá en *Triste, Solitario y Final*.

Osvaldo Soriano comenzó a trabajar en *La Opinión* en mayo de 1971 y permaneció en su redacción hasta mediados de 1974. Nueve años después, bajo la colección Narradores Argentinos de Hoy, la editorial Bruguera publicó *Artistas, locos y criminales*, un libro que presenta varios de los artículos que escribió para el mítico diario de Jacobo Timerman.

Una de las mayores virtudes de *Artistas, locos y criminales* son esos preámbulos donde Soriano relata anécdotas de aquellos días. “Para este volumen he seleccionado (...) las notas que me parecen de actualidad en 1983 (...) Todas están precedidas de apuntes -recuerdos o reflexiones- que se me ocurrieron mientras las releía para hacer este libro.”

Las notas, agrupadas en más de 250 páginas, nos muestran la estructura genética de Soriano, una especie de antesala de una voz propia que se comenzará a materializar en *Triste, Solitario y Final*. Así nos encontramos con sus típicas frases cortas, o más bien estiletazos para conformar imágenes concretas, transparentes. “El paso por ese diario fue, para mí, una suerte de entrenamiento literario. Un laboratorio donde tra-

cé los borradores de mi primera novela, (...) y me acerqué al estilo despojado de la segunda: *No habrá más penas ni olvido*, con los artículos sobre el caso Robledo Puch y el asesinato de Rucci. Sin dudas hay en estos textos señales que anticipan, acompañan y, por qué no decirlo, festejan aquellas novelas”. Habla de “festejar” y quizás sea el verbo ideal para definir la búsqueda literaria que el “gordo” siempre pretendió hacer. Su escritura le daba la espalda a la solemnidad, aunque no a la melancolía. Algo de esto se ve en su paso por *La Opinión* donde retrata a personajes tan disímiles como Oliver Hardy, Robledo Puch, José Gatica, el director Mario Soffici, el padre Lorenzo Mazza o José Rucci siempre bajo un mismo manto otoñal. Porque detrás de las muertes, de los asesinatos, de las traiciones, de la gloria lo que parece erigirse es cierto desencanto.

Una muestra cabal de eso es el relato donde Soriano imposta una primera persona para darle vida al jugador uruguayo Obdulio Varela: “Estoy muy arrepentido de haber jugado. Si tuviera que hacer mi vida de nuevo, ni miro una cancha. El fútbol está lleno de miseria. A mí me castigaron mucho y no lo aguanto. (...) Si ahora tuviera que jugar una final, me hago un gol en contra. No va-

le poner la vida en una causa que está sucia, contaminada.” En sus retratos Soriano parece mantener el corazón de la novela negra: los poderosos siempre arruinan lo auténtico, lo genuino.

Así, en el artículo “Elección de Perón y asesinato de Rucci. De la euforia al terror”, publicado el 30 de diciembre de 1973, nuestro país aparece como un lugar brumoso, gris y se muestra un Perón desdibujado que le da la espalda al pueblo. Sobre el final de la nota dice: “El terror, pero más aún el clima de lucha consiguieron un hecho insólito en la vida política de Perón. A los 78 años (...) habló por primera vez protegido por una cortina de vidrio. (...) La gente apenas pudo ver a Perón cuando éste prometió regresar cada primer día de mayo (...) Por la noche él y su esposa concurren a la velada de gala del teatro Colón. Presenciaron la función en el palco. (...) Allí, la gente pudo verlo y ovacionarlo: eran tres mil invitados especiales.” Ese laboratorio literario que implicó su paso por *La Opinión* parece siempre trabajar en un universo enmarcado: la realidad puede narrarse de manera ficcional siempre que los personajes se parezcan a los de una novela negra.

El perfil del diario facilitaba los juegos es-



Soriano y Timerman juntos, luego de años de distancia, en una entrevista realizada a mediados de los 90.

criturarios. Soriano venía del semanario *Panorama* y siempre sintió que había pasado a formar parte de una especie de dream team. Según sus propias palabras “se creó un estilo y se continuó una gran escuela de periodismo informativo y de opinión”.

Justamente el retrato que traza sobre Robledo Puch constituye el punto más alto del libro y posiblemente uno de los mejores retratos gráficos que se hayan realizando en la historia del periodismo. La crónica tiene una impronta walshiana y no escapa a las sentencias morales que podría hacer Philip Marlowe. En este sentido, Soriano escribe: “Cuando mató al primer hombre, Robledo Puch ya se había aniquilado a sí mismo.” El estilo despojado del retrato se ve con nitidez en esa seguidilla de acciones y sobre todo en la casi nula adjetivación. “Ella alcanza a caminar unos pasos y Robledo le mete siete balazos en la espalda. Luego se acerca y le saca cinco mil pesos y un encendedor. Antes de subir al auto Robledo se detiene, mira el cadáver, toma puntería y le destroza una mano de un balazo”. El artículo apareció en el suplemento cultural del diario y le valió “un cuantioso aumento de sueldo”. Es el comienzo, según sus propias palabras, de la “debacle” en el diario: “Ese día empeza-

ron mis desventuras (...) Una secretaria esbelta y casi adolescente debía atender y discurrir mis llamadas telefónicas (...) y cuidar que no me faltaran los diarios y revistas del día (...) Nunca se me había confiado misión más difícil y menos envidiable: todos los días mis amigos de redacción se acercaban (...) para saber si ya se me había ocurrido algo. Un mes más tarde, cuando advirtió que mi cabeza seguía vacía como una pelota de tenis, Timerman me llamó y (...) me dijo que uno de los dos debía psicoanalizarse. Luego me hizo saber que su decepción era profunda y me avisó que mis privilegios se terminaban ese mismo día. Desde entonces deambulé por la redacción: el director había olvidado asignarme un nuevo puesto y me dediqué a hacer lo que más me gustaba. Es decir, nada.”

El libro está repleto de esos elogios a la pereza. Nuevamente sentimos la respiración desganada de los detectives de novela negra. Es como si no pudiera evitar pensar –y escribir– su propia vida con los parámetros de los personajes que amaba. “Hubo momentos donde tuve que trabajar sin pausa y otros en los que no redacté una sola línea en seis meses, lo que posiblemente sea un

récord en la historia del periodismo argentino.” Y aquí podemos trazar una especie de juego de espejos entre Walsh y Soriano. Rodolfo y Osvaldo coinciden en la lista de sus enemigos y hasta en su simpatía oscilante con el peronismo. Pero Soriano parecía creer que al capitalismo se lo combatía no mediante la revolución sino la estafa. Había que exprimir los recursos burgueses achicando el margen de plusvalía. Cuanto menos invierta su tiempo en un trabajo, mejor. Cuando en 1995 Soriano consigue que la editorial Norma le pague 500 mil dólares por los derechos de sus obras, alcanza una especie de clímax de aquella máxima que había comenzado a dibujar en *La Opinión*. Si en Walsh la salida era necesariamente mediante la lucha colectiva, para Soriano parecería que no hay salida, sino una lenta agonía, todo lo que está podrido lo va a seguir estando. A veces, como ocurre también en la novela negra, da la sensación de que algo bueno puede ocurrir, pero finalmente los villanos siempre ganan. Aquel paso por la redacción del diario de Timerman tuvo esa especie de parábola desalentadora. O al menos así, en los comienzos de la democracia, Osvaldo Soriano elegía recordar la década del 70.